

EL BANQUETE NUPCIAL

3º, 4º

Érase una vez un rey cuyo reino era tan vasto que la vida no bastaría para recorrerlo de punta a punta. Vivía en un palacio hermosísimo de innumerables aposentos y salones. Tenía también una torre y en ella una sala en la que sólo el rey podía entrar. En este palacio había también una escalera secreta que conducía a una puerta subterránea muy profunda y solamente el rey tenía la llave y sabía lo que se hallaba detrás de ella.

El rey tenía un hijo al que amaba mucho. Llegó el día en que su hijo se iba a casar y se hicieron los preparativos de la fiesta, las mujeres y sirvientes limpiaron y adornaron todo el palacio para el banquete de bodas.

Los siervos recorrieron las ciudades y aldeas del reino pasando por todas las calles y caminos invitando a todas las personas que encontraban.

Muchos de ellos vinieron a la fiesta de la boda del hijo del rey.

Mientras tanto, el rey bajó la escalera secreta de su palacio y abrió la puerta. Una deslumbrante claridad irradiaba del interior y en el medio de esta luz había un ser vestido con una armadura de oro y en la mano llevaba una espada. Se hallaba delante de un gran armario abierto; donde se veían guardadas muchas túnicas blanquísimas.

-“Llegó la hora” - dijo el rey.

-“He preparado la fiesta de bodas de mi hijo y fueron invitadas muchas personas por los mensajeros de todo mi reino. Pero antes de entrar al salón todos los invitados deberán bajar hasta aquí para que tú, mi fiel guardián, entregues a cada uno una túnica nupcial y así puedan asistir a la fiesta dignamente vestidos”.

Y así se hizo. Todos descendieron a la oscura profundidad de la Tierra, traspusieron la puerta hacia la luz y recibieron del guardián una túnica blanca. Sólo uno de ellos no quiso hacerlo, encontraba penoso bajar tantos escalones. Fue quedando detrás de los otros y furtivamente se escabulló dentro del salón de la fiesta por la puerta entreabierta, así tal como estaba, en traje común, las manos sucias y con polvo en el calzado.

Después de él fueron entrando los demás invitados, hombres y mujeres en trajes de fiesta y se reunieron en el salón real. Por fin entró el rey que venía a dar la bienvenida a la boda, fue cumplimentando a todos hasta que llegó a aquél, que entre todas las personas vestidas festivamente llamaba bastante la atención. Él mismo no percibía que todos lo miraban asombrados como diciendo:

-“¿Cómo entró aquí tan sucio y sin prepararse?”

Entonces lo que todos pensaban lo pronunció el rey en voz alta:

-*"Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido con la túnica nupcial?"*

¿"Cómo conseguiste entrar"?

Se asustó tanto que no conseguía responder. Quedó enmudecido.

Entonces dijo el rey:

- "Tú no puedes estar aquí, sólo quien con sus pensamientos y acciones sirve a la verdad puede participar de la boda de mi hijo. Tú entraste aquí de modo ilícito y por eso enmudeciste. Las cadenas y las tinieblas serán tu destino. Sólo podrás liberarte cuando hayas aprendido a obrar correctamente".

Los siervos lo llevaron afuera y comenzó la gran fiesta de bodas del hijo del rey.

Cuando ya anocheció el rey les dijo a los invitados:

- "Todos vosotros que comisteis la cena con mi hijo, podréis continuar siendo sus amigos, así como también después, cuando cada uno vuelva al lugar de donde vino. Pero antes de partir quiero mostraros cómo podréis servir a mi reino en el futuro".

Entonces el rey llamó a su guardián. Su voz se escuchó a través del palacio como son de trompetas, llegando hasta las honduras de la Tierra. Allá el guardián oyó el llamado, subió y apareció ante todos.

- "Guardián" - ordenó el rey, - "muéstrales a estas personas lo que es dado ver a aquéllos que se hicieron amigos de mi hijo".

Entonces el guardián fue delante de ellos y los condujo hasta el salón de la torre donde hasta entonces sólo había entrado el rey. Y así, ahora, cada uno de ellos pudo entrar.

Ahí en la torre vieron un cuadro enorme. No era un cuadro pintado, era un cuadro vivo, todo en él se movía de verdad. Vieron a una mujer, una madre con un niño. Estaba vestida del sol, la luna era un recipiente de plata bajo sus pies; llevaba en la cabeza una corona de doce estrellas.

En esto apareció un dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, sobre cada cabeza tenía una corona, era éste el mayor de los dragones. Apareció delante de la madre queriendo devorar al niño. Entonces la mujer desapareció con su hijo. Todos los presentes vieron al enfurecido dragón buscando al niño por todas partes sin conseguir encontrarlo.

Después de contemplar esta imagen extraña en la sala de la torre, todos volvieron al salón real. Allí permanecieron mucho tiempo en silencio. Finalmente se volvieron hacia el guardián y uno de ellos preguntó de todos:

- "¿Qué ocurrirá con el dragón? ¿Estará en la Tierra? ¿Estarán a salvo la Madre Celestial con su Hijo Divino?"

El guardián respondió:

-“El dragón continúa persiguiéndolos. Una vez lo vencí arrojándolo del cielo a la Tierra. Ahora es necesario que sea vencido también en la Tierra y para esa lucha necesito de vuestra ayuda”.

-“¿Qué debemos hacer?” - preguntaron todos.

-“Volved cada uno al camino que seguáis cuando el rey os llamó. El hijo del rey tiene más poder que el dragón y hoy se hizo amigo de todos vosotros. Por eso no debéis tener miedo del dragón. Pero no os olvidéis de la imagen que visteis en la torre. Pues vosotros no tendréis que luchar con armas contra el dragón, sino que cada uno debe transformarse en una imagen semejante a aquella que contemplasteis en la torre. Quien llegue a ser igual a la imagen tendrá dominado al dragón y éste estará a su servicio. Cuando el dragón domina es malo, más cuando es dominado se vuelve siervo y pierde la maldad”.

-“¿Cómo podemos llegar a ser igual a la imagen celestial, de manera que el dragón pierda sus coronas y su poder volviéndose así nuestro siervo y siervo del reino?” - preguntaron los presentes.

-“Cada quien que diga la verdad recibirá un día una corona de estrellas, aquél que ame lo bueno en los demás estará un día vestido del sol, y el que obre correctamente quedará un día en pie sobre el recipiente de plata de la luna.

Lo que visteis en el cielo lo debéis realizar en la Tierra”.- respondió el guardián.

Todos agradecieron al guardián, al rey y a su hijo por todo lo que habían visto y oído en esta fiesta de bodas y volvieron cada uno a su camino.

Algunos olvidaron luego lo que habían visto.

Otros soñaban por la noche con la imagen de la mujer, el hijo y el dragón rojo como el fuego.

Unos pocos guardaron en su corazón todo esto e intentaron siempre realizar lo que el guardián les dijera.

Estos últimos llegaron a ser así sus ayudantes y permanecieron siendo amigos del hijo del rey para todo y por siempre.

Aportación de La Comunidad de Cristianos